

dades donde acaecían, llegó á sospechar del reverendo y dió parte, por si acaso, á la justicia, que puesta sobre aviso no tardó en detenerle.

Las sospechas recaídas sobre el mitrado no eran vanas. El obispo había recorrido otros países haciéndose pasar por peregrino, fraile, médico, capellán de monjas y quién sabe cuántas cosas más, metiéndose con la misma frescura en el confesionario que agarrando un bisturí para sajar un tumor maligno; debajo, pues, del sayal del penitente se ocultaba un redomado pícaro, más truhán y ladino que aquellos cervantescos de nuestra gran novela picaresca que han inmortalizado la literatura española de la edad de oro.

Tan ambiguo personaje acaba de morir en el presidio de Burgos; era de nacionalidad italiana y se llamaba, ó por lo menos se hacía llamar Galileo Barguoni. Sin embargo, no es fácil colegir si sería este su verdadero nombre por la multitud de ellos que ha usado en sus diferentes industrias. Lo que resulta de todos sus oficios es una gran suma de ilustración, aunque aplicada á sus truhanescas artes.

Peral ha llegado á Madrid, á presentarse á la reina antes de su partida y á darle las gracias por el artístico y soberbio sable de reglamento que acaba de regalarle. Yo no he presenciado ovación más enorme; la población se enteró de que el ilustre marino arribaba á la capital la noche antes leyendo los periódicos. No hubo, pues, tiempo material para preparar nada, y el recibimiento fué enteramente espontáneo, resultando así más grandioso.

Todo Madrid acudió á la estación, á pesar de lo intempestivo de la hora; á las cinco de la mañana los alrededores de la estación del Mediodía eran un macizo colosal de gente, entre la que se distinguían varias bandas de música y un tropel de banderas; las obras de los alrededores del Prado veíanse paradas: los jornaleros habían suspendido el trabajo para recibir á Peral: una nube de coches propios y de alquiler se apelotonaba en las alamedas de la puerta de Atocha... Cuando el insigne marino apareció en su carretela, sonriente, saludando con modestia, la multitud estalló en un vitor inmenso, agitando las banderas; todas las músicas rompieron á tocar, y poco menos que llevado en brazos el landó, entre la multitud delirante que echó tras él aclamándole, se trasladó Peral al hotel á descansar, conmovido ante aquella explosión de cariño. A media mañana visitó palacio, alcanzando de la reina una afectuosa acogida, y después se trasladó al ministerio de Marina, donde le recibió con entusiasmo el personal.

Entre el rebajamiento moral que hoy nos agobia, siente el espíritu como la caricia de algo fresco y puro, ante ciertos hechos que pasan inadvertidos para la mayoría de las gentes madrileñas. Dos chiquillos de poca edad, desarrapados y sucios, mugrientos, vestidos con una raída blusita y unos remendados calzones, pisando con la endeble suela de sus gastadas alpargatas, dirigiense por el viaducto de la calle de Segovia, correteando y persiguiéndose,

cuando acertaron á ver en el suelo, doblado, un papelito rojo que les excitó la curiosidad; diéronle con el pie y no se desenvolvió; atrapáronlo entonces y se encontraron con que se trataba de dos billetes de veinticinco pesetas.

Los chicos, dotados de la perspicacia de los granujillas madrileños, comprendieron enseguida que aquello valía dinero, diez duros. Lo primero que se les ocurrió fué que alguien lo habría perdido, y en el acto, suspendiendo sus juegos, sin que cruzara por su mente ninguna impura idea, sin ocurrirseles echar á correr y quedarse con el botín, comenzaron á investigar el viaducto y á reparar si algún transeunte volvía sobre sus pasos; y cerciorados de que nadie reclamaba los billetes, se los entregaron á los guardias de punto en el férreo puente, continuando el toro dado con el que venían solazándose para distraer el camino.

¡Qué grandeza de corazón revelan estas cosas sencillas, ejecutadas con tan noble espontaneidad por unos chicuelos de la calle acostumbrados á carecer de todo, y sin cultura ni educación que afine sus almas libres, y con qué elocuencia demuestra lo ingénito de la honradez y del bien!

A la desgraciada región andaluza, abierta por los terremotos y arrasada por las inundaciones, reducida á las pobres cosechas de sus esquilados campos, y atravesando por ende una crisis tremenda en la que la miseria la despuebla poco á poco llevándose sus hijos á la América del Sur; á esa desgraciada región del sol le faltaba el golpe de gracia, y el golpe de gracia se lo van á dar los segadores marroquíes comprometiéndose á segar sus prados por un jornal más ínfimo que el que disfrutaban los naturales del país.

La lucha, si tal se realiza, será imposible; nuestros pobres labriegos granadinos no podrán competir con los rudos africanos, curtidos por su vida semisalvaje, hechos á la crudeza horrible de su clima, familiarizados con el sol, habituados por la vecindad del desierto con el calor tropical, abrumador y espantoso. Con semejantes condiciones de resistencia, y la muy atendible de la rebaja de jornal, tendrán que renunciar los campesinos andaluces á la hoz que les permite mal comer, sin necesidad de abandonar la tierra en que nacieron. Confiamos, pues, en que los *moros* no se determinarán á pasar el estrecho para conquistar otra vez la comarca del Guadalquivir, y en que no caerá sobre aquella bendita tierra esta nueva plaga que la amenaza desde las rifeñas costas.

Los diarios de Sevilla relatan un chusco suceso acaecido en aquella capital, que pudiera muy bien titularse *El burlador burlado*, y que se diría arrancado á una comedia de intriga. Parece que en una de las calles principales de la citada capital llamaba la atención de los transeuntes un coche de punto, que permanecía parado en la esquina de cierta calleja, como si aguardara algo; en el interior de la berlina distinguíase un apuesto y elegante joven á quien todo se le volvía mirar por la ventanilla desasosegado é impaciente,

excitando la curiosidad de las personas que por allí discurrían.

Por fin el joven apuesto vió avanzar hacia el coche una mujer enlutada, envuelta en largo manto tras el que ocultaba el rostro, y entreabrió con cuidado la portezuela para no perder un segundo; la dama misteriosa llegó á la berlina y el galán tendiéndola sus brazos ansiosos, hubo de decirle con anhelo:

—¡Me has hecho pasar un rato cruel!... ¡Crei que tu mamá había sospechado nuestra fuga!...

Pero no había acabado de pronunciar sus amantes palabras, cuando la dama levantó nerviosamente el velo con una mano, descubriendo su rostro cincuentón, y con la otra que traía armada con un garrote, comenzó á descargar una tremenda paliza sobre el amartelado mancebo, gritándole iracunda:

—Pillo, bribón... ¿Conque querías robarme mi hija?...

El aturdido tenorio no aguardó á más, y aprovechando la sorpresa de la gente, abrió la portezuela opuesta, y escapó á la carrera, corrido de vergüenza y con algunos chichones encima.

Verdaderamente nuestro mermado y sufrido ejército es desgraciadísimo; él carecerá de armamento moderno, de fusiles de repetición; sus reservas y su organización serán un mito; resultará pobre, pequeño y deficiente; no tendrá buenos parques, buenos cuarteles, buenos campos de instrucción; no contará con obras de defensa formidables, pero en cambio cada cuatro días cambia de figurín, como si lo mandaran las más famosas modistas parisienses.

Todos los ministros de la guerra, de doce años á esta parte, desde el más vulgar é insignificante hasta el más nombrado, desde O'Ryan á Cassola, se han preocupado del uniforme de la tropa, variándolo hasta lo infinito y, eso sí, cada vez con un gusto más churrigueresco. Ya se supondrá, pues, cuál ha sido el último acto de Bermúdez Reina antes de dejar la dorada poltrona: dotar al arma de artillería, en vez de la levita que aun hoy gasta, de una guerrera nueva. Y yo no sé si sería proyecto suyo, pero existía el de cambiar á la infantería el tradicional pantalón rojo por otro gris ceniza, con franja, y variar la guerrera de los oficiales... y van cien variaciones.

El general Pando ha propuesto en el Congreso la creación de un Banco militar; supongo que el tal Banco será á la vez Monte de Piedad, porque con el tiempo los oficiales tendrán que empeñar hasta el aliento para poder vestirse.

Horacio Lengo, el popular pintor de las tórtolas, se ha suicidado; la noticia ha producido en Madrid una estupefacción profunda y una dolorosa sorpresa. Nada tan extraño como ésta muerte violenta de un artista que simbolizaba todo lo tímido y delicado, que se valía de un pincel de *seña*, henchido de la tenue transparencia de un rayo de luna, que en sus asuntos y en su ejecución era el idilio supremo lleno de finura; no se concibe, por más que se esfuerce la mente, al autor de tantas filigranas in-